

LA MISIÓN DE LOS LAICOS

Compartir en Iglesia la Misión de Jesucristo



<http://www.panyrosas.es/>

José Reyes, 2005:
La Misión de los laicos. Una contribución desde CVX.
Revista Progressio. Publicación de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX).
Suplemento 59, 2004: pp.46-58.

La Misión de los laicos. Una contribución desde CVX¹

En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia" (Christifidelis Laici, 15.2).

- Hay un punto de partida y un fundamento que es el bautismo, que nos inserta en la vida de Cristo y nos hace partícipes de su misión.
- Pero, todos sabernos, el bautismo lo recibimos hoy incondicionalmente, la mayoría de las veces en nuestra primera infancia, y lo vamos realizando después en la catequesis, en la vida cristiana, en otros sacramentos más propios de la adultez, particularmente en la confirmación, que es el sacramento de la misión y del envío.

Los laicos, así conscientes y comprometidos con la misión de la Iglesia, y potenciados por el Espíritu Santo para participar plenamente en ella, necesitamos una reflexión continua acerca de cómo vivimos nuestra vocación misionera o apostólica, y necesitamos también encontrar ayudas y modos para colaborar entre nosotros y con los ministros ordenados, religiosos y religiosas.

En esta línea se han escrito los Principios Generales de la CVX, en particular el número 8, que contienen una buena síntesis y proyección de lo que el Concilio Vaticano II enseña en torno al apostolado de los laicos.

- Seguir ese texto, aunque está escrito en el seno de una comunidad particular como muchos textos de la Iglesia, puede ayudar a todos los laicos en general, y en especial a los que siguen el camino ignaciano.

Puede ayudar también a la jerarquía y a los religiosos a comprender una aproximación laical al tema de la misión. Sigamos entonces el Principio General Nº 8, enriqueciéndolo con elementos pedagógicos y orientaciones discernidas en los últimos años.

¹ El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), cvxgalilea@gmail.com

1. Compartimos en la Iglesia la misión de Jesucristo

Nuestra misión es la misión de Jesucristo, de la que él mismo nos hace partícipes. Se trata de hacer circular buenas noticias, de anunciar la libertad, de liberar de ataduras y cegueras, de proclamar el amor de Dios que todo lo llena con su gracia. Y se trata de hacerlo entre los hombres y mujeres de hoy, con nuestra vida, preferencialmente entre los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos.

Cristo nos da la misión, de él la recibimos, somos primordialmente sus testigos, y no propagandistas o activistas de un proyecto propio.

- Pero, no podemos "ponernos" la misión de Jesucristo en forma triunfal y poderosa. No, Jesucristo entra en nuestras vidas para inspirarla en forma permanente (este tema lo desarrollo más en mi artículo "Ser Laico: Vocación y Misión, Intimidad y Extroversión").
- Nuestra vida será apostólica si es que "encuentra su inspiración permanente en el Evangelio de Cristo pobre y humilde" (Principios Generales CVX. nº 8).

Toda esta dinámica de conocer y amar a Jesucristo, para recibir de él su misión y compartir sus opciones radicales, la vivimos como pueblo de iguales, como Iglesia.

No es que lo vivamos "en la Iglesia" sino "como Iglesia", haciéndonos pueblo, haciéndonos Iglesia en este caminar. La comunión y la misión son inseparables, como en nuestra espiritualidad lo son la contemplación y la acción.

- Los laicos vivimos entonces nuestra misión "como miembros del Pueblo de Dios en camino"(Principios Generales CVX. nº 8), es decir, con otros y en un proceso nunca acabado, un proceso o camino que tiene inflexiones, combates, cansancios, éxitos y caídas, en cuatro "semanas" que van y vuelven con sus gracias.

Una preocupación central que tenemos es que nuestra unión con Cristo y su misión nos constituya como Pueblo y no nos separe de otros hombres y mujeres, sino que más allá de nuestros límites y estatutos nos dispongan a "colaborar con iniciativas que trabajen por la unidad de los cristianos" y a aportar "nuestra presencia activa en organizaciones y esfuerzos seculares o religiosos ya existentes" (Principios Generales CVX. nº 8), unidos con muchos líderes, siguiendo al Espíritu del Señor.

2. No hay límites ni parcelas

El campo de nuestra misión no tiene límites, no nos confina a determinados ámbitos o segmentos. Así, podemos actuar en la Iglesia y en el mundo, conscientes incluso que los límites no son tan precisos y que hoy estamos cada vez más implicados en nuestras identidades y relaciones.

Puede haber algo de tentación bajo capa de bien en lo de enfatizar el rol del laico en el mundo.

- Los obispos que constituyeron el Sínodo sobre los laicos reiteraron que "el campo propio de su actividad evangelizadora es el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento".

- Pero, sería un error confinar estos temas al ámbito del mundo, puesto que están muy presentes también en la Iglesia. Piénsese como en la Iglesia tenemos graves problemas y grandes experiencias en torno al uso del dinero o del poder, a la vida internacional, a la educación, etc.
- Es un hecho que las categorías de Iglesia y Mundo, si bien son distintas y no pueden reducirse una a otra, tienen límites difusos y territorios compartidos.
 - o La familia, por ejemplo, es la Iglesia doméstica... y al mismo tiempo es la célula básica de la sociedad civil.
 - o Un colegio católico es una comunidad de Iglesia, pero es también una unidad económica inserta en el mercado.
 - o Un laico rector de una Universidad Pontificia es un oficial de la Iglesia, mucho más que un sacerdote que enseñe economía en una universidad privada.
- Entonces, las afirmaciones conciliares en el sentido que "a los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales", o que "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos" (Lumen Gentium 31), pueden y deben ser matizadas y completadas con otras afirmaciones tales como: "cuanto se ha dicho del Pueblo de Dios se dirige por igual a los laicos, religiosos y clérigos", o bien: "los sagrados pastores conocen muy bien la importancia de la contribución de los laicos al bien de toda la Iglesia" (Lumen Gentium 30).

Tampoco sirven otras dicotomías tales como si servir a las personas o transformar las estructuras.

- Hemos de ver como ayudantes de Cristo en todo esto, según talentos y discernimiento, colaborando con otros y sabiendo que nuestra acción no es definitiva, pues es el Señor el que convierte y el que finalmente multiplica nuestros esfuerzos y los consuma.

La acción apostólica de los laicos lleva implícita una dinámica de interpelación recíproca entre la Iglesia y la sociedad, entre las relaciones personales y la vida social, entre la ciencia y el discernimiento.

- Lo propio de la vida laical es la integración de elementos y ambientes diversos, un cierto bilingüismo que poseemos al hablar el lenguaje de la fe y el de la ciencia, o el lenguaje del espíritu y el de la sociedad real, concreta y material.

3. Hay una dimensión individual irrenunciable

Vivimos nuestra misión primero que nada en lo que cada uno de nosotros es y hace con y para los demás, en sus ambientes cotidianos y ordinarios.

Cristo llama a cada uno de nosotros en forma personal, y nuestra respuesta - aunque mediada y potenciada por la comunidad - es siempre personal, como lo es en última instancia nuestro proceso de crecimiento y nuestra vocación.

Todos somos individualmente servidores ("ministros") de la misión de Cristo. Genéricamente, la palabra "ministerio" quiere decir servicio, y por tanto podría aplicarse ampliamente a lo que los cristianos hacemos en favor de otros, al interior de la comunidad eclesial o fuera de ella, movidos por nuestro sentido de corresponsabilidad en la misión de la Iglesia.

Pero, es un error hablar sólo del hacer, porque en definitiva se trata de la calidad de nuestra presencia y no sólo de nuestra acción.

- En la familia, por ejemplo, podríamos vivir el hecho de ser padres como un ministerio, o sea como un servicio a la misión de Cristo, y esto no tendrá sólo que ver con lo que hacemos como padres, sino con la entera calidad de nuestra presencia y actitud en la familia, incluyendo a veces lo que hacemos, o incluso a pesar de lo que hacemos (o dejamos de hacer).

En educación, se suele hablar del "ministerio de la enseñanza", lo que naturalmente tiene más que ver con la cualidad y la conciencia del educador más que con su tarea específica, la que es más bien instrumental.

- Análogamente, podríamos decir que en la Iglesia hemos de desarrollar más la calidad de nuestra presencia, y no sólo lo que hacemos, lo que podemos hacer o lo que nos está permitido o encomendado.

Así, nuestra vida personal es esencialmente apostólica, aun en sus más humildes y cotidianas expresiones.

Esta dimensión personal de la misión es indispensable, es la condición básica para extender el Evangelio y para la credibilidad de los cristianos.

4. Hay una llamada a la acción concertada o colaboración

Además de esta dimensión individual de nuestra misión, estamos llamados a ejercer "un apostolado organizado o grupal" (Principios Generales CVX, nº 8).

- Esto es especialmente válido hoy día, por la complejidad del mundo en que vivimos y de los problemas que enfrentamos, y por la sensación de impotencia que a menudo acompaña a nuestros esfuerzos individuales.

Pero no se trata sólo de lograr una mayor eficiencia, sino de actuar lo más propio de nuestro ser Iglesia.

- La Iglesia -la comunidad- se construye y se expresa en el apostolado asociado, se hace visible, creíble y atractiva para otros, se constituye en esa comunión misionera a la que nos convoca Cristo, en ese sacramento o signo que deseamos ser.

Es algo que puede parecer obvio, pero que sin embargo es difícil, porque el apostolado organizado supone concertación con otros, estructuras, obras de largo plazo, perseverancias más allá de nuestros momentos personales, una cierta institucionalidad, modos de participación en el discernimiento apostólico, etc.

- Los laicos que participamos en asociaciones pretendemos desarrollar por medio de ellas esta dimensión cooperativa y organizada de nuestra misión, "en una gran variedad de formas" (Principios Generales CVX, nº 8).

Pero, admitimos que no todos están llamados a la vida asociativa.

- Hay dos grandes modos de apostolado asociado:
 - o "iniciar y sostener" (Principios Generales CVX, nº 8) acciones corporativas propias,
 - o o sumar "nuestra presencia activa en organizaciones y esfuerzos seculares o religiosos ya existentes" (Principios Generales CVX, nº 8).
- En el primer caso aportaremos nuestro liderazgo, asumiremos como comunidad la responsabilidad última de las obras o iniciativas, las "estructuras adecuadas" (Principios Generales CVX, nº 8) para garantizar su proyección en el tiempo, el

discernimiento continuo, la sostenibilidad, la fidelidad a los valores y criterios apostólicos originales.

- En el segundo caso, aportaremos más bien nuestra capacidad de trabajo, nuestro tiempo y espíritu apostólico, pero sin llegar a tener la responsabilidad última.
- En ambos casos puede tratarse de apostolado asociado si es que deliberadamente se busca la concertación o colaboración con otros, y las personas se disponen a una suerte de "obediencia" laical, que no es obediencia canónica a un superior, sino fidelidad y perseverancia en una vida apostólica que no comienza ni termina en uno mismo, sino que se vive en un cuerpo apostólico que tiene que decir algo en mi vida.

5. Hay prioridades y orientaciones apostólicas, una misión compartida

A estas alturas podemos volver por un momento a la pregunta acerca de cuál es el ámbito de nuestra misión como laicos.

- Al inicio hemos dicho que no hay fronteras ni límites, y lo seguimos afirmando.
- Ahora sin embargo, tras mostrar que la dimensión individual se prolonga en la acción concertada y poco antes de profundizar en el significado de ser una comunidad apostólica, podemos afirmar que sí pueden existir "prioridades y orientaciones apostólicas" en el seno de una comunidad cristiana.

En el caso de CVX, ya los Principios Generales introducen algunas prioridades, aunque algunos delegados de la Asamblea que los aprobó hubieran preferido dejar frases más abiertas, sin especificaciones.

- Así, se formula derechamente la prioridad u orientación de "proclamar la Palabra de Dios a todas las personas, y trabajar en la reforma de las estructuras de la sociedad tomando parte en los esfuerzos de liberación de quienes son víctimas de toda clase de discriminación y, en particular, en la supresión de diferencias entre ricos y pobres.
- Queremos contribuir desde dentro a la evangelización de las culturas" (Principios Generales CVX, nº 8).
- Pero aun más, hay que decir que incluso antes de referirse específicamente al tema de la misión, los Principios Generales CVX, junto con insistir en la libertad del Espíritu, en la novedad permanente, en la singularidad de cada vocación, sugieren ámbitos de misión que algunos también hubieran preferido omitir no por poco importantes sino para dejar abierto el campo de la misión.
 - o Se trata del "progreso y la paz, la justicia y la caridad, la libertad y la dignidad de todos" (Principios Generales CVX, nº 2).

Naturalmente no se trata de declaraciones excluyentes o taxativas, sino de orientaciones apostólicas para la comunidad y para las personas.

- Con razón y a partir de la experiencia vivida, la misma comunidad se preguntaría 8 años después (Itaici 1998) por "la misión común". Algunos objetaban la pregunta puesta, es decir, cuestionaban la posibilidad misma de que una comunidad universal pudiese llegar a formular una misión común.
- Y sin embargo, había en la comunidad un movimiento del Espíritu que le pedía este paso y la animaba a discernir en el nivel universal o mundial una llamada común.
- No sabíamos lo que saldría, y sí sabíamos que podríamos entrar en crisis y llegar a la conclusión que no era posible una orientación apostólica común.
- Entramos en el proceso de preparación, y durante la Asamblea fue emergiendo una línea que llegó a perfilarse como nuestra misión común (Puede ser útil ver el informe completo de la Asamblea en Progressio, nº 1-2-3-4 de 1998, "Nuestra Misión Común").

Pero, ¿cómo se formula una misión común para una comunidad universal? El Espíritu permitió que ésta se expresara en "tres áreas de misión y un conjunto de medios necesarios para realizarla" (Progressio, nº 1-2-3-4 de 1998: p-131). Al hacer mi propia síntesis y con propósitos pedagógicos, he preferido hablar de prioridades, opciones, líneas de acción y ámbitos de acción².

Así como los jesuitas dijeron una vez que su misión era "el servicio de la fe y la promoción de la justicia", esta comunidad mundial de laicos ignacianos se expresó así:

- ❖ Deseamos traer a nuestra realidad social el poder liberador de Jesucristo.
- ❖ Deseamos encontrar a Jesucristo en toda la variedad de culturas, permitiendo que su gracia ilumine todo lo que necesita transformación.
- ❖ Deseamos vivir unidos a Jesucristo para que él pueda entrar en todos los aspectos de nuestra vida ordinaria en el mundo.

Es impresionante la similitud con lo expresado en los Principios Generales que ya hemos comentado antes, y la amplia capacidad de convocar y de suscitar movimiento que tienen estas tres prioridades apostólicas que constituyen nuestra misión común³.

Entonces, tanto la dimensión individual como la dimensión asociativa de la misión de los laicos cristianos se ven provocadas, potenciadas y orientadas por esta misión común, que nos constituye además como comunidad apostólica en la Iglesia.

6. Hay una función en la comunidad

Llegamos así al tema de la Comunidad Apostólica.

- La dimensión individual del apostolado como resultado de nuestra unión con Cristo nos constituye en apóstoles.
- Si además participamos de una comunidad de fe en la que encontramos motivación y fortalecimiento para nuestro apostolado individual, estamos siendo parte de una "comunidad de apóstoles".
- Si dejamos que esa comunidad "nos urja" (Principios Generales CVX, nº 8) y "nos ayude" (Principios Generales CVX, nº 8), y nos involucramos en ella "para vivir este compromiso apostólico en sus diversas dimensiones," y para abrirnos a las llamadas más urgentes y universales" (Principios Generales CVX, nº 8), con una conciencia y una voluntad de corresponsabilidad en una misión compartida o "común", entonces estamos siendo una comunidad apostólica.

Los medios clásicos como son "la revisión de vida en común y el discernimiento personal y comunitario" (Principios Generales CVX, nº 8) irán adquiriendo mayor significación y profundidad, hasta hacernos entrar en un proceso en el que la comunidad en sus distintos niveles cumple las funciones de discernir-enviar-apoyar-evaluar.

Hoy hemos descubierto que estas cuatro funciones son las que confieren identidad y gravitación a la comunidad apostólica.

² Un cuadro sintético anexo al final de este artículo muestra como estas 4 componentes arman una misión compartida, de la que somos corresponsables, sin atropellar las individualidades y las diversas culturas [No incluido en este documento. Consúltense el correspondiente suplemento de Progressio].

³ En otro artículo ofrezco una ampliación de la primera prioridad, desarrollando a partir de ella un estilo de vida laical fundado en opciones apostólicas (*Profetas de la Esperanza y la Justicia: Una mirada a la misión de los laicos cristianos*. En esta misma serie: Progressio, Suplemento 59, 2004).

- Cuando una asamblea mundial de delegados de sesenta países llega a formular la misión común, es la comunidad que en su nivel mundial está cumpliendo la función de discernir.
- Cuando un pequeño grupo de cristianos en una ciudad específica se da tiempo para que cada persona cuente lo que está haciendo, cómo lo está haciendo, qué dificultades encuentra, entonces tenemos a la misma comunidad mundial, ahora viva en el nivel local, cumpliendo la función de apoyar y evaluar.
- Cuando en un país se selecciona una obra o un lugar apostólico, propio o ajeno, y se pide formalmente a varias personas que dediquen tiempo y energías en forma sistemática a esa obra o lugar, es la misma comunidad en el nivel nacional que está cumpliendo la función de enviar.
- Cuando después de una revisión de vida en comunidad un joven se siente confirmado en sus opciones y estilo de vida y entusiasmado para progresar y crecer, es la comunidad en su nivel local que está enviando a ese joven a vivir esas opciones en ese estilo.

En un cuadro sintético recientemente publicado en PROGRESSIO (Progressio, nº 2, 2004: *El Polinomio Apostólico de la CVX*) se sugieren distintos modos en los cuales la comunidad, en sus distintos niveles, cumple estas 4 funciones de discernir-enviar-apoyar-evaluar, para vivir la misión común e insertarse en la Iglesia con corazón y método.

Al hablar de la dimensión individual del apostolado he dicho que la expresión "ministerio" significa "servicio".

- Ahora, al hablar de la función de la comunidad desde la perspectiva de una misión común, recuerdo que la expresión "ministerio" conlleva también la idea de un "encargo" que se recibe de alguien que lo confiere, con cierta formalidad, estabilidad y ritualidad.
- Los miembros de CVX no hemos de tener problema en decir que la autoridad eclesiástica que nos envía es la Comunidad Mundial de Vida Cristiana (Estoy parafraseando la Norma General 32, que se refiere a la autoridad que aprueba oficialmente una comunidad nacional) por medio de sus estructuras e inserta adecuadamente en la Iglesia en los distintos niveles.

7. El reto y la novedad de la colaboración, en especial con la Compañía de Jesús

Una lectura crítica podría ver en todo lo dicho una cierta presunción o autosuficiencia. Nada más lejos la intención de quien escribe y de la comunidad que lo nutre e inspira. Lo mismo que se ha dicho sobre la dimensión individual y la dimensión comunitaria de la misión de los laicos, ha de decirse analógicamente tomando a una particular comunidad como individuo en relación con la Iglesia como comunidad universal.

- Así como es indispensable una relación personal con Jesucristo y una dimensión de apostolado individual, así también es indispensable que una comunidad singular tenga su vida asociativa y sus compromisos propios.
- Así como los individuos se asocian por afinidad espiritual para expresar mejor la realidad de la Iglesia como cuerpo de Cristo y para ser más eficientes en la misión, así también las comunidades que tienen afinidad espiritual han de asociarse para ser y hacer más Iglesia y para ser más eficientes en el servicio.

Como antes, esto que parece obvio no es tan fácil. Se tocan tangencialmente temas delicados, como el de la autoridad y el poder en la Iglesia, el de la tensión entre la comunión misionera y

la comunión "orgánica", el de la colaboración al interior de la Iglesia entre los distintos carismas.

Los laicos deseamos participar del discernimiento de la misión en la Iglesia, junto con otros, y también asumir las consecuencias de ese discernimiento en términos de recibir encargos o envíos de parte de la comunidad apostólica en sus múltiples formas. Lo uno no funciona sin lo otro, y hemos de avanzar en esto.

En lo particular, a nosotros nos interesa mucho la relación con la Compañía de Jesús.

- Es una cuestión de lealtad, coherencia, cariño, eficacia, vinculada a lo mejor de nuestra tradición compartida.
- Es un asunto de Iglesia, del aporte que hacemos al Cuerpo de Cristo desde la gracia específica que compartimos: la dinámica de los Ejercicios Espirituales.

Hay muchas formas en que esta colaboración puede ocurrir y desarrollarse, y las estamos aprendiendo en la experiencia.

- En algunas partes, la Compañía de Jesús está hablando de un "nuevo sujeto apostólico", para referirse a lo que podría resultar de tomarse en serio el tema de la colaboración.
 - o Aunque no está bien definido el término, se trataría para algunos laicos -los convocados- de un nuevo referente que de alguna manera reuniría a los laicos con la Compañía, desde la misión y la planificación apostólica de la Compañía, cumpliéndose allí las funciones de discernimiento, envío, apoyo y evaluación.

Sabemos, por lo que hemos desarrollado en este artículo y en otros de esta misma serie, que la misión de los laicos ignacianos individuales o de la Comunidad Ignaciana CVX no puede definirse por medio ni en función de la misión de la Compañía de Jesús. No obstante, por nuestra identidad compartida y porque creemos en la colaboración, estamos llamados a participar como comunidad con lucidez y generosidad para construir y desarrollar este nuevo referente en el marco de la misión de la Iglesia de la que todos participamos.

En la práctica, ha tendido a predominar una participación más bien individual de laicos - algunos miembros CVX- que encuentran aquí una posibilidad de potenciar y llenar de significado su vinculación laboral o voluntaria en alguna obra apostólica de la Compañía.

- También en forma individual, algunos laicos seleccionados por la Compañía están vinculándose en forma más estrecha -aun jurídica- con ella, llegando a un estado en que sin pertenecer a ella son acogidos en manera especial y se ofrecen para recibir encargo de sus superiores [modalidad experimentada durante un breve periodo y hoy ya no existente. Nota de los editores en 2011].
- Otros laicos que ejercen su apostolado fuera del ámbito de las obras propiamente ignacianas y sin ser miembros de una comunidad particular, pueden recibir apoyo, inspiración y aun envío de este nuevo referente. Muchos de estos laicos son miembros de la Comunidad de Vida Cristiana, pero su membresía adquiere nuevos matices que todavía no logramos conceptualizar y asumir bien, pero que a mi juicio para la CVX están previstos en sus Principios y Normas Generales. Ellos mismos han de ir aportando su experiencia de miembros CVX en estas nuevas posibilidades, aunque hay que reconocer que para algunos esto está significando el fin de su pertenencia a la CVX.

Generalizando este movimiento, podríamos decir que de una manera nueva y distinta, promisorio diría yo si es que lo hacemos con madurez, se vuelve a poner el acento y el liderazgo en las comunidades religiosas, que son las que en último término gobiernan y

desarrollan la mayor parte de las iniciativas y toman la mayor parte de las decisiones, y se ve a los laicos en relación con ellas, no necesariamente agrupados entre sí, o agrupados funcionalmente en torno a obras o secciones apostólicas.

- Es el nuevo concepto de Red, tan propio de nuestros últimos tiempos. Un concepto potente, que con topologías diversas asocia a muchos con libertad y con una visión pragmática, sin crear grandes estructuras.
- Las personas se conectan a la Red según sus necesidades y se desconectan a voluntad, pero la Red es potente porque produce integración de esfuerzos, hace madurar nuevas identidades y fomenta un nuevo sentido de pertenencia que probablemente tiene que ver con el futuro de la Iglesia.
- Las implicaciones que este nuevo modelo tiene para nuestra vida espiritual, comunitaria y apostólica pueden ser diversas, y hemos de aportar a la reflexión común con apertura, incluso renunciando a modelos pasados si es que vemos la acción del Espíritu en lo nuevo.
- Está surgiendo un nuevo modo de ser Iglesia, pero no hemos formulado todavía la teología que lo sustenta, en particular la teología del laicado que está a la base.

José Reyes Octubre 2004, revisado en Enero 2005